

---

# PROGRESO POLITICO Y PROGRESO ECONOMICO

*Albert O. HIRSCHMANN*

*No afirmo nada; pero me basta con creer  
que hay más cosas posibles de lo que se piensa.*

*Voltaire*

**D**espués del Siglo de las Luces, que según la memorable definición de Kant quedó identificado con el axioma «*sapere aude*», los más iluminados de nosotros han suscrito la noción que hace del «conocimiento prohibido» una reliquia bárbara. El ambicioso tema de nuestro ensayo —en esencia, la cuestión del vínculo entre progreso político y progreso económico o, de manera abreviada, de la relación P-E— me impulsa a hacer la pregunta herética: ¿no había tal vez, tras esta antigua noción, alguna racionalidad oculta? Es muy posible que existan campos de investigación en los cuales la búsqueda de respuesta es tan extraordinariamente frustrante, que corre el riesgo de conducir a la desesperación y al escepticismo generalizado con respecto a toda posibilidad de conocimiento. Considerar problemas como

el del territorio prohibido podría tener un efecto benéfico: el de orientar la atención hacia temas en los que el coeficiente *input-output* de la investigación, o sea el vínculo entre el esfuerzo realizado y el resultado obtenido, sea relativamente favorable.

Desde este punto de vista, la relación P-E cumple todos los requisitos para ser proclamada «territorio prohibido». La mejor prueba de esta afirmación nos la da el reciente ensayo de Adam Przeworski y Fernando Limongi, *Political Regimes and Economic Growth*. Su escrupulosa y exhaustiva reseña de los estudios en este campo es a fin de cuentas tan poco conclusiva que resulta desalentadora. Y, así las cosas, la frase que cierra el artículo —«claramente, la incidencia de los regímenes políticos en el crecimiento es un asunto muy abierto a la reflexión y a la investigación»— suena como una burla casi cruel.

Supongamos entonces que rehabilitamos, aunque sea a disgusto, la noción de «conocimiento prohibido». Y preguntémonos: ¿tenemos algo que decir en ese ámbito sobre las características de los problemas que pertenecerían a su esfera? Una manera de enfrentar la cuestión podría basarse en distinguir el *resorte* que nos impulsa a resolver el problema de su *comprensión* o profundización en sentido propio: cuando el deseo de encontrar respuestas a un problema se hace tan fuerte como para impedir una comprensión auténtica, es muy probable que hayamos acabado en el territorio «prohibido». En concreto, esto quiere decir sencillamente que la búsqueda de respuestas es, en ciertos ámbitos, una tarea particularmente ingrata. Pero significa también atraer la atención sobre la posibilidad de que, lejos de servir de ayuda, la curiosidad intelectual —generalmente considerada la base del progreso científico— se vuelva a veces un obstáculo a la comprensión. De hecho, se corre el riesgo de caer en la «furia de querer concluir», para decirlo con una concisa expresión de Flaubert. Podemos decir que la curiosidad intelectual, en su acepción normal y constructiva, se distingue de la «furia» flaubertiana porque su resultado no se conoce ni sospecha por anticipado, en los casos en que existen en general respuestas prontas e ideológicamente seductoras a las preguntas hechas del modo denunciado por Flaubert.

Precisamente éste es el caso de la relación P-E. Por lo común, el vínculo entre progreso político y progreso económico es visualizado bajo la forma de un número muy restringido de relaciones funcionales recíprocamente alternativas del tipo:

1) «Todas las cosas buenas van juntas»; el progreso económico genera el progreso político y viceversa: los dos avanzan a la par, en total armonía.

2) Existe también el punto de vista contrario, pesimista: «Todo tiene un costo», o «no existen comidas gratis», lo que quiere decir, en el contexto en cuestión, que el progreso económico tiene inevitable-

mente un costo en la esfera política; y es verdad también lo contrario: los progresos políticos están destinados a comprometer el progreso económico.

3) Hay finalmente una tercera posición, a mitad de camino entre las dos anteriores, y un poco más compleja que éstas, que podremos bautizar «*per aspera ad astra*»: en una primera fase, el progreso económico se presenta solo a la cita, y es inevitable contener el progreso político y hasta aceptar su retroceso, sacrificarlo, en una palabra, en nombre del crecimiento económico; pero en un segundo tiempo el progreso político recupera el terreno perdido, compensando el sacrificio. Menos a menudo se ha conjeturado el proceso opuesto —el sacrificio temporal del progreso económico en nombre de un paso adelante político—, aunque no se trata de una idea irreal. Construcciones de esta clase no pueden menos que fascinar a los economistas convencidos de las virtudes del consumo diferido mediante el ahorro, pero también a los psicólogos habituados a la idea de la satisfacción diferida en general. En concreto, el vínculo entre progreso político y progreso económico sigue siendo tan estrecho como en los casos anteriores, salvo que las dos variables evolucionen según un modelo un poco más complejo, como en la proposición de Simon Kuznets sobre la relación curvilínea entre crecimiento económico y desigualdad, o en mis propios modelos de crecimiento no-equilibrado o de «navegación contra el viento».

### **De lo económico a lo político: el efecto trinquete y metáforas afines**

En el intento de establecer la verdadera naturaleza de la relación P-E, estos variados modelos han encontrado aplicación en países diferentes y en determinados periodos; pero hoy está claro que ninguno de éstos puede pretender contar con una validez predominante, y mucho menos general. Frente a esta evidencia, una reacción consiste en retornar a la idea de que la economía y la política son dos ámbitos completamente distintos, que evolucionan con total autonomía siguiendo cada uno su propia dinámica. Como han observado Stephen Haggard y Robert Kaufman, es en buena parte en los términos de una autonomía de esta especie como los politólogos han analizado la reciente oleada de democratización en América Latina y en Asia. Sin duda, hay que ver en estos discursos el signo de la decepción con respecto a ciertos análisis, de moda en un tiempo y ya abandonados, de los hechos políticos de los años sesenta y setenta; análisis que eran la expresión del esfuerzo por comprender a toda costa estos hechos (en particular el advenimiento de los regímenes autoritarios) en términos de fuerzas económicas «subyacentes».

Pero volver a afirmar la autonomía de la política y de la economía sería sin duda una reacción exagerada. El hecho es que entre los dos ámbitos surgen conexiones que en cierto momento son muy estrechas,

pero a continuación se desvanecen. Y es una pena que nos hayamos negado a —o nuestros constructores de modelos no hayan sido capaces de— pensar en términos de vínculos con un carácter irregular, de enlaces y separaciones, o incluso de alternancia de interdependencia y autonomía. Querría reseñar aquí ciertas maneras de pensar en estos términos que están ya a nuestra disposición. Con este propósito, es pertinente examinar minuciosamente el lenguaje ordinario y hasta el universo del mito. Ya que la experiencia de vínculos discontinuos entre ámbitos casi autónomos se ha hecho varias veces, el mito, el lenguaje, y ocasionalmente el pensamiento social, han producido una serie de expresiones que nos conducen hacia aquello que necesitamos comprender.

Permítaseme, para comenzar, recordar una metáfora tomada del mundo de los utensilios, que fue incorporada a la terminología económica hace cuarenta años. Aludo al «efecto trinquete»: una expresión creada por James Duesenberry para describir la evolución del consumo con respecto a la renta durante el ciclo económico. El consumo es una función creciente de la renta mientras ésta aumenta; pero no se adecúa sin resistencia al descenso de las rentas, porque cuando se produce una recesión los individuos recurren a sus ahorros (al menos por algún tiempo) para mantener el nivel de vida al que están habituados. Es precisamente ésta la idea de la disyunción (o separación o desajuste), o sea, de una relación funcional que en cierto punto deja de operar.

Hace algún tiempo me enfrenté con una situación de este tipo (y tal vez aún más desconcertante) en un contexto de crecimiento. En ciertos países latinoamericanos, durante los años ochenta, mientras que los índices económicos se estancaban o declinaban por efecto de la crisis deudora, algunos indicadores sociales importantes, como las tasas de mortalidad infantil o de analfabetismo, o la amplitud del control de los nacimientos, parecían seguir mejorando. Los modelos culturales responsables de este mejoramiento habían tomado forma en conjunción con el aumento de las rentas (del que eran sin duda un efecto directo), pero habían adquirido manifiestamente «una vida propia». Una vez afirmados, el estrecho nexo que los había ligado a los «caprichos» de la renta se había disuelto. En la medida en que estos progresos sociales se debían a procesos de aprendizaje (en los cuales, es verdad, el aumento de la renta había cumplido un papel decisivo), éstos se hicieron irreversibles, hasta el punto de comenzar a propagarse gracias a su propio impulso. Sigo pensando que los procesos de este tipo son esenciales para comprender el crecimiento y el desarrollo.

La fórmula según la cual un comportamiento acaba por convertirse en una «segunda naturaleza» expresa también con eficacia la idea de que una conducta que provoca inicialmente cierta resistencia, y cuya adquisición se produce sólo gracias a la influencia de incentivos extrínsecos (positivos o negativos), puede en lo sucesivo volverse irre-

versible. De hecho, el aprendizaje se compendia en buena parte en el misterioso proceso en razón del cual un comportamiento adquirido de aversión (porque va contra la «primera naturaleza») se convierte en una «segunda naturaleza». No me parece que se haya observado que el proceso durante el cual incentivos extrínsecos ceden el paso a motivaciones intrínsecas es el exacto contrario del proceso, ya bien conocido, en el que la motivación intrínseca es relegada por la intrusión de gratificaciones extrínsecas (frecuentemente de carácter monetario). El proceso mediante el cual un comportamiento se convierte en una «segunda naturaleza» ha atraído menor atención que su opuesto, tal vez porque se lo mira con ojos favorables más que angustiados.

Pero volvamos al lenguaje ordinario de las ciencias sociales: en *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Daniel Bell introduce el término «disyunción» para describir el hecho de que la vida artística y cultural de las sociedades modernas ha dejado de reflejar la evolución general de la sociedad y de la economía. Se propone distanciarse de los sociólogos que, de Marx a Talcott Parsons, pasando por Durkheim, han cultivado la visión de la sociedad como un todo integrado. Por ejemplo, en el esquema marxista se sostiene que la cultura, la «superestructura», está estrechamente ligada a la economía y a la sociedad (la «infraestructura»). De ello se sigue que en esta óptica, cuando la cultura o, en el caso particular tratado por Bell, el arte de vanguardia, adquiere una «vida propia», parece justificado hablar de disyunción: en otras palabras, algo que se supone gobernado y explicado por otros códigos adquiere autonomía. Curiosamente, a pesar de sus sólidas convicciones no marxistas, o post-marxistas, Bell ve en esta autonomía un fenómeno vagamente anormal y amenazante.

Esta interpretación negativa pasa a un primer plano en una fábula (o un mito) que refleja una vez más la noción de desajuste. Es la historia del aprendiz de brujo que, a diferencia del maestro, se revela incapaz de dominar las fuerzas que ha liberado. Es solamente el maestro quien, volviendo a la escena *in extremis*, logra retomar el control y evitar de un soplo la catástrofe total.

No es difícil encontrar procesos sociales del tipo aprendiz de brujo. En Estados Unidos, por ejemplo, la Ley de Prohibición 1919-20 acabó produciendo —a través de la aparición del crimen organizado a gran escala— fraudes de gran extensión y la organización de redes ilegales de producción y distribución de bebidas alcohólicas. Pero la abolición del prohibicionismo en los años treinta no hizo desaparecer a estos «sindicatos» criminales. Una vez despiertos, éstos se aferraron a la vida invirtiendo con éxito en otros campos de acción.

Análogamente, los procesos descritos arriba —el «efecto trinquete» y la «adquisición de una vida propia»— pueden producir lo mejor o lo peor. Sólo una metáfora se libra de esta ambivalencia: cuando se dice

que un comportamiento se convierte en una «segunda naturaleza», se suele suponer que estamos en presencia de experiencias auténticas y positivas de aprendizaje. Y, sin embargo, también en este caso es siempre posible dar a la metáfora una coloración siniestra presentando el proceso en cuestión como el fruto de un «lavado de cerebro».

La mejor manera de describir algunas importantes relaciones P-E pasa por los conceptos recién examinados, sobre todo cuando el nexo causal va inicialmente de la economía a la política, como en los dos ejemplos siguientes, ambos muy conocidos.

El vigor del desarrollo económico español durante las tres primeras décadas posteriores a la Guerra Civil contribuyó de varias maneras a minar el régimen autoritario instaurado por Franco. Después de la muerte del hombre que durante tanto tiempo había regido dictatorialmente el país, se inició una transición moderada hacia la democracia. Precisamente en este momento, pues, la crisis petrolífera internacional detuvo temporalmente la expansión económica y acabó provocando un fuerte aumento del desempleo. Pero, por suerte, las nuevas instituciones democráticas estuvieron en condiciones de adquirir una «vida propia». A las dificultades económicas no siguió en absoluto el derrumbe de la democracia, todavía en fase embrionaria; por el contrario, la vida política democrática no tardó en convertirse para la sociedad española en una «segunda naturaleza».

La historia de Alemania en la primera parte de este siglo ofrece una trágica ilustración del caso simétricamente opuesto. Las fuerzas económicas —la Gran Crisis y la consecuente desocupación de masas— contribuyeron poderosamente a la ascensión de Hitler. Por lo tanto, una vez tomado el poder en uno de los países técnica y culturalmente más avanzados del mundo, el régimen nazi siguió su curso desatinadamente «autónomo», suprimiendo la democracia, desencadenando la guerra y perpetrando el genocidio.

### **Del progreso político al progreso económico: hacia un repertorio de los trucos de la historia**

Al indagar las relaciones entre economía y política, hemos preferido en general dirigir nuestra atención a los procesos en los que los hechos económicos forjan —e influyen en— el ámbito de la política. Como demuestran los ejemplos anteriores, la política, no obstante, tiene su modo de retomar la delantera divergiendo o separándose de la economía: según el esquema de las «relaciones discontinuas», ésta adquiere una «vida propia». Los ejemplos del proceso opuesto, en que la política constituye el primer motor, no resultan tan claros sometidos a análisis; pero el título mismo de nuestro texto nos impone reflexionar sobre ellos.

Procederé por analogía con los casos español y alemán, lo que significa examinar cadenas de hechos cuyo punto de partida es un importante progreso de la democracia, para atender finalmente a las consecuencias económicas. Entre el cambio político y el cambio económico surge de inmediato una diferencia fundamental: el primero se inclina bastante más que el segundo a la discontinuidad. Típicamente, los progresos de la democracia suceden no en razón de una «recuperación democrática» gradual (por decirlo incongruentemente en términos del ciclo económico), sino porque una dictadura o un régimen igualmente opresivo han sido derribados; o bien —de manera menos dramática aunque siempre discontinua—, como consecuencia de la adopción de una reforma electoral que difunde el sufragio, como la que se observa repetidas veces en la Inglaterra del siglo XIX.

Los progresos de la democracia de este tipo se presentan en general bajo la forma de un evento singular; y ello explica el hecho de que el análisis de las consecuencias económicas del cambio político se resuelva a menudo en un ejercicio de estática comparativa. Se comparan las prestaciones económicas de los países democráticos (después de la democracia) y las de los países no democráticos (antes de la democracia), y se confía en poder concluir que los primeros obtienen resultados mejores que los segundos también en el campo económico. La conocida frase de Adam Smith es un ejemplo precoz de este modo de plantear el problema: «Para llevar un Estado de la barbarie más profunda al grado más alto de opulencia, no hace falta otra cosa que la paz, bajos impuestos y una administración de la justicia tolerable».

Se imponen ahora dos observaciones. Esta construcción supone que, para que se dé el crecimiento económico, sea suficiente la presencia de una serie determinada de requisitos políticos (la paz, etcétera). Una vez alcanzados estos requisitos, se espera que la economía adquiera una «vida propia», sin necesidad de una interacción suplementaria entre fuerzas económicas y fuerzas políticas. Ahora bien: está muy claro que esta interacción existe de manera permanente, y exige ser comprendida. En segundo lugar, las proposiciones relativas a los requisitos políticos tienen una utilidad bastante dudosa. Exhortar a los países en los que falta la «democracia», o la «paz», a recobrar el juicio y a procurarse estas bendiciones es notablemente poco eficaz. Si un país es incapaz de poner fin a la guerra civil para detener la masacre, ¿es imaginable que empeñe sus esfuerzos con objeto de obtener una tasa más alta de crecimiento?

No quiero ser enteramente negativo. La estática comparada tiene su utilidad. Un ejemplo de ello nos lo ofrece la siguiente observación de Amartya Sen: un país como India, donde la prensa goza de una relativa libertad, y está en condiciones de —y dispuesta a— denunciar las situaciones intolerables y los abusos, está mejor armado para evitar las carestías que un país autoritario como China. Una comprobación de

esta clase está sin duda provista de una considerable fuerza exhortativa.

La tarea principal de la economía política sigue siendo, no obstante, llegar a una mejor comprensión de las interacciones *dinámicas* entre política y economía. Renunciar al intento de individualizar aquí núcleos elementales significa a un tiempo eludir un deber intelectual y dejar escapar una verdadera ocasión. Si, en efecto, hay en la sociedad de mercado un rasgo saliente y tangible, se trata de las extraordinarias cualidades dinámicas y desequilibradoras que la han caracterizado desde sus principios hasta hoy. Además de crear nueva riqueza, la sociedad de mercado genera ininterrumpidamente una gran variedad de problemas específicos —una acentuación de las desigualdades, fenómenos de declive regional o sectorial—, que son no pocas veces fuentes de injusticias o percibidas como tales. De ello se sigue que en el campo político, sobre todo si se trata de regímenes pluralistas, se manifiesten exigencias de reformas y de acción política. Y reformas e intervenciones políticas tienen a su vez consecuencias económicas.

Seguramente por buenas razones, los economistas han sido reticentes a hacer generalizaciones o conjeturas sobre estos temas. ¿Qué podría decirse en realidad de las consecuencias probables de los progresos democráticos y sociales en el terreno del crecimiento económico? A falta de un conocimiento particularizado de la naturaleza de los «progresos» y de las circunstancias históricas concomitantes, parece absurdo aventurar una respuesta. Un progreso de la democracia puede inaugurar, o, al contrario, clausurar una época de inestabilidad política, y desembocar por tanto en una caída o bien en un crecimiento de la economía.

Afortunadamente, la historia autoriza algunas reservas con respecto a una indeterminación tan completa, por lo menos para los países de Europa y de América septentrional dotados de las economías más avanzadas. Estos países son los mismos que durante los dos últimos siglos han realizado —de manera discontinua— toda una serie de reformas políticas y sociales. ¿Es lícito decir que estos progresos «democráticos» han tenido un efecto estabilizador más que desestabilizador; que, lejos de perturbar el «clima de la inversión», lo han mejorado, permitiendo así un reforzamiento del crecimiento económico?

Se trata de una hipótesis tanto más sorprendente en cuanto contradice directamente la célebre proposición de Tocqueville, según la cual los intentos reformadores realizados en Francia antes de 1789 y en las primeras fases de la Revolución desestabilizaron el Antiguo Régimen, hasta hacerse fatales. En el caso de los hechos cuyo análisis había emprendido Tocqueville, se trataba seguramente de una intuición notable. Pero precisamente porque la Revolución Francesa había suscitado el



convencimiento, ampliamente difundido, de que su progresiva radicalización era un episodio susceptible de repetirse, las reformas sucesivas cumplieron de hecho un papel diferente, estabilizador, capaz de autolimitarse. Querría ahora proponer una posible explicación de este fenómeno, basándome en mi libro, *The Rhetoric of Reaction*, y en especial en la que he llamado la «tesis de la puesta en peligro» (*jeopardy*). Entiendo por ello la idea de que una nueva reforma está destinada a comprometer las adquisiciones anteriores: un argumento que cumplió un papel central en la historia de la oposición a las reformas durante el siglo XIX.

Después de la experiencia revolucionaria francesa, las fuerzas «reaccionarias», ya en estado de alerta, y que eran muy capaces de hacer valer sus razones, combatieron con uñas y dientes los progresos sociales y democráticos, denunciando cada paso adelante como si fuese en realidad sinónimo de revolución, y estuviese destinado a anular todos los progresos anteriores hacia la «libertad», y al fin y al cabo a marcar el «final de la civilización como la conocemos». Pero, una vez adoptada la reforma a pesar de esta encarnizada oposición, se vio no pocas veces, con gran sorpresa de todos, que con esta novedad, con este famoso «salto al vacío», era en realidad posible convivir. De ahí el inmenso alivio de los poseedores de capitales y de los demás grupos dirigentes, y la subsiguiente estabilización política y periodo de crecimiento constante y prosperidad económica.

Esta interpretación individualiza un ciclo económico-político que tendría su determinante en cada oleada reformadora. Las inquietudes y las alarmas producidas por las propuestas de reforma y por la agitación que las acompaña, se traducen en una caída de las inversiones, las cuales se reanudan en cuanto la reforma se ha adoptado y asimilado. Una vez adoptada la reforma, y desmentidos los profetas agoreros, la recuperación será incluso tanto más vigorosa cuanto más convincentes hayan sido las advertencias sobre sus catastróficos resultados.

Fueron la paz y la prosperidad que siguieron a las polémicas Reform Laws inglesas de 1832 y 1867 las que me sugirieron la idea de este proceso. Sería interesante investigar si este modelo, algo paradójico, es aplicable a episodios análogos en otros países. Pero los economistas acostumbrados a los modelos de las expectativas racionales no deberían asombrarse demasiado de que las profecías de desestabilización *à la* Tocqueville puedan revelarse en ocasiones más autoconfutatorias que autorrealizadoras, sobre todo cuando adquieren un vasto consenso.

Naturalmente, me cuidaría mucho de contar con el mecanismo recién esbozado. Sería una locura estimular a los «reaccionarios» para que denuncien a voz en cuello las consecuencias nefastas de una pro-

puesta reformadora, con el astuto propósito de hacer nacer sucesivamente sentimientos de alivio destinados a su vez —adoptada la reforma sin que se haya verificado ninguna catástrofe— a generar una recuperación económica. Aunque esta concatenación de hechos ha «funcionado» alguna vez en el pasado, es imposible estar seguros de que funcionará de nuevo. En su novela filosófica *Rasselas*, Samuel Johnson con gran perspicacia puso en guardia contra el orgullo intelectual que puede llevarnos a actuar sobre la base de intuiciones de ese tipo, puramente presuntivas: «El hombre no puede conocer la conexión de las causas y de los hechos hasta el punto de que le resulte lícito arriesgarse a hacer el mal para hacer el bien».

¿Cuál es, en conclusión, el sentido de mi discurso? Afirmar una vez más que ninguna relación simple, directa y «funcional» mantiene juntos progreso político y progreso económico. Existen, en cambio, las variadas relaciones discontinuas evocadas en la primera parte de este texto. Están luego las circunstancias complejas, y la mayoría de las veces no susceptibles de repetirse, como las que acabo de exponer, y que se asemejan más a trucos en la manga de la historia que a verdaderas regularidades, por no hablar de leyes sociológicas. Redactar un inventario, hacer reseña del repertorio de estos trucos de la historia, me parece una manera apropiadamente modesta de intentar que se realice algún progreso en este difícil terreno.

*Traducción de Mario Merlino*